

Editorial

Veinte mil páginas de la revista Arquitectura

Hoy cumplimos una obligación de ARQUITECTURA largamente pospuesta: la publicación de sus índices onomástico y temático correspondientes al período comprendido entre 1941 y 1983; es decir, la totalidad de la Revista Nacional de Arquitectura y los doscientos cuarenta y cinco números de ARQUITECTURA publicados hasta 1983 en esta cuarta época. Completan estos índices los ya publicados del período 1918-36 y el cronológico (ARQUITECTURA, núms. 169-170) que editó Carlos de Miguel referido al período de su dirección.

Era necesario acometer esta tarea pues más de veinte mil páginas de nuestra historia estaban encerradas en los lomos inexcrutables de los cerca de quinientos números que quedan referenciados en los índices.

Seguramente muchos podrán encontrar en esta publicación un material imprescindible para sus estudios sobre la arquitectura española de estas fechas o para satisfacer su propia curiosidad. Pero, además, al tener hoy entre las manos este trabajo que hemos preparado durante más de un año, y al encontrarnos con las abstractas relaciones del azaroso orden temático y alfabético que reúnen a Aalto con Aburto, a Cano con Cantàfora, a Gaudí con Gaviria, a Sáenz de Oíza con Saarinen, a Utzon con Ustarroz o a Zuazo con Zeví, la propia historia de la revista se nos muestra como sujeto propicio para ser estudiado.

Pretender seguir la línea editorial de ARQUITECTURA que por su carácter colegial siempre ha sido ecléctica y abierta no deja de ser una tarea difícil y

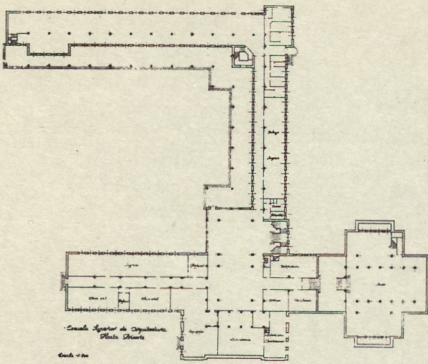
ardua. Sin embargo, por esa misma condición, su pecado y su virtud, al haber sido siempre tribuna libre de quien tenía *algo* que decir, refleja con más nitidez quizá que ninguna otra publicación lo que ha sido la arquitectura española en estos últimos sesenta y cinco años. En ella podemos observar el devenir de todas las grandes ideas de nuestro siglo que han ido marcando a las diversas generaciones y podemos también observar, con la crueldad de la palabra escrita, la descalificación por la siguiente generación de aquello que se asumió con fe ciega por la anterior.

El período que exponen los índices hoy publicados comienza en 1941 cuando, al crearse la Dirección General de Arquitectura, Pedro Muguruza, su primer director, inicia la publicación de la *Revista Nacional de Arquitectura* que, en cierta medida, supone la continuación de ARQUITECTURA, suspendida en 1936. Se centran estos primeros números de RNA en las grandes tareas oficiales del país de aquella época, la mayoría, promovidas por la propia dirección. Las obras políticas y de reconstrucción junto al planeamiento urbanístico y el mejoramiento de la vivienda ocupan la mayoría de sus páginas. La atención al exterior se centra, fundamentalmente, en Alemania e Italia. Es el momento en el que se publican las reformas urbanas de carácter político de Berlín, o la Roma futura.

Todo vestigio de la arquitectura anterior —salvando los ecos de un Aguina-ga modernista y un chalé de Gutiérrez de Soto de antes de la guerra— desaparece en favor de la que en aquellos mo-

mentos realizan los Muguruza, Moya, Borobio, Diego Méndez, Muñoz Monasterio o Carlos de Miguel. Una atención singular les merece la reconstrucción de la Ciudad Universitaria, realizada, en gran medida, por el mismo equipo que la proyectó y que marca una cierta continuidad con la obra oficial anterior.

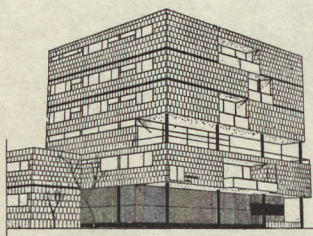
En torno a 1947, cuando es director de la revista Mariano Serrano Mendicute (1) comienzan a aparecer en las páginas de la misma los primeros arquitectos que van a dominar la escena de la arquitectura moderna en la década de los sesenta. En estas fechas se publica el Premio Nacional de Arquitectura de 1946, ganado por Sáenz de Oíza y Laorga con su propuesta para el Acueducto de Segovia; aparece por primera vez Fisac con su gobierno civil en Murcia... La vuelta de la revista al Colegio de Arquitectos de Madrid en 1948 abre, definitivamente, una nueva etapa bajo la larga dirección de Carlos de Miguel. En el número de transición —que realizan entre otros Fisac, Sota y Lahuerta— y en la presentación del mismo, queda claro cuál va a ser el nuevo cometido de la publicación al decir que "*nuestro esfuerzo no habrá sido inútil si nos encamina a producir más moderna y mejor arquitectura*". El tiempo de la ilusión españolista está pasando, y la revista, a la vez que sale al paso del nuevo programa para el futuro, decreta la muerte de lo anterior, tal como sentenciaría Fisac en su artículo *lo clásico y lo español*, en el que dice "*también es cierto —no diremos que innegable, porque algunos no querrán reconocerlo— que el camino por el que hoy marcha nuestra arquitectura no va a ninguna parte*".



aparecieron. proyectiles de todos los calibres perforaron el edificio por centenares de sitios. El aspecto de demolición que presentaban al iniciarse los trabajos de demolición era realmente extraordinario. Por fortuna, la estructura de hormigón armado resistió admirablemente, a pesar de la importancia de voladuras muy próximas, y solamente los impactos directos de grandes proyectiles produjeron la rotura de pilares o vigas; pero sin que se transmitieran sus efectos más allá del elemento directamente alcanzado. Acordada por la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria la reconstrucción parcial del edificio, se verificó el desmonte y consolidación de estructuras y fábricas, se revisaron las instalaciones para iniciar su reparación y se empezaron a resolver los numerosos problemas que se presentaban. Uno de los

más importantes ha sido el de la sustitución de la fábrica de ladrillo fino de sus fachadas, por haber desaparecido la única fábrica que lo producía. Estudiadas hasta el límite las distintas soluciones posibles, se ha decidido como única aceptable la de chapar con piedra de Almorquí las maltruchas fábricas de ladrillo, previa la consolidación de sus partes ruinosas y el mazonado de los agujeros causados por los proyectiles. Se habilitará, de momento, solamente parte del edificio, reduciéndose la zona de viviendas, así como algunos laboratorios y talleres. Un espíritu de gran austeridad ha llevado a la supresión de revestimientos interiores de mármol y maderas y a simplificar, en lo posible, todo lo que una severa crítica pudiese interpretar como lujo imperdonable en los momentos

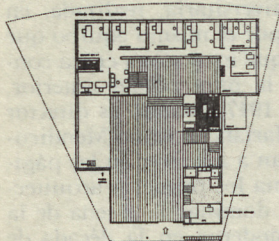
Escuela de Arquitectura. R.N.A., n.º 6, 1941.



CONCURSO DE ANTEPROYECTOS PARA GOBIERNO CIVIL EN TARRAGONA

PRIMER PREMIO

Alejandro de la Sota, arquitecto

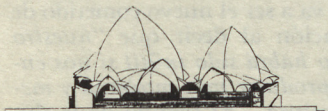


Plano de emplazamiento y planta baja.

Se cree que este edificio como de hoy en su interior sufre de una vida política. El espacio a lo visto debe reflejar en su concepción como de un edificio de carácter de reposición. Se requiere al trabajo urbano en cuanto a la iluminación en sala que dan sus alturas: se pretende de la forma del valor por ellas determinadas por un grupo de plantas en forma de cubos se pretenda las derivadas de la necesidad. En este caso, Tarragona favorece para el estudio de alturas de Gobierno Civil y Escuela de Trabajo. Se pretende de la curvatura en la fachada principal por considerar su favorece al proyecto, aunque se considere la curvatura de la plaza en la situación de plaza de fachada y la misma.

Gobierno civil de Tarragona, de Alejandro de la Sota. R.N.A., n.º 185, mayo 1957.

Existe una comunicación cubierta entre las diferentes partes del edificio. Lámparas de hormigón suspendidas aumentan el efecto y el carácter de las escaleras. El techo y las paredes, de paneles acústicos de madera, continúan en puertas "superiores" que conducen hacia las salas de descanso, y las zonas de entrada, a su vez, conducen, a través de las puertas "superiores" de cristal, hacia las escaleras al aire libre. Esta disposición permite la posibilidad de abrir al aire libre los vestíbulos, salas de descanso y demás espacios, si lo permite el tiempo, durante los descansos, de manera que el público, paseando bajo la luz de las combas suspendidas, podrá disfrutar de la magnífica vista del puerto desde los amplios patios y salones de descanso. El resto del terreno se caracterizará por el color de la piedra de la plaza empujada enfrente de la escalera de entrada, con flores y plantas en grandes cajas y jarrones. Toda la parte exterior irradiará luz y festividad, en marcado contraste con los pesados edificios cuadrados del puerto de Sidney.



Fachada Sur.

Jack Utzon, Arquitecto desde los treinta y ocho años de edad. Graduado en la Real Academia de Arquitectura de Copenhague en 1932. Tiene experiencia como proyectista de edificios industriales en el puerto de Estambul y otros muelles eléctricos. Se ha presentado a muchos concursos en su país y obtenido bastantes premios. Sin embargo, sin embargo, han sido considerados como excesivamente originales. No se ha conseguido ninguno de estos proyectos, con excepción de un depósito de agua, elevado, que tuvo gran éxito. En 1934 ganó un concurso en colaboración con uno joven sueco, y a poco ganó un concurso nacional sueco para un importante grupo de viviendas en bloque, que así construyeron en Helsingborg. El premio de la firma de Utzon le ha valido para merecer la consideración de sus jefes, y, como consecuencia, ha recibido el encargo de un gran proyecto de viviendas de esta reducida, distinta, ha recibido invitación de una Universidad de los Estados Unidos para dar un curso de Arquitectura el próximo año 1952-1953.



Concurso para la Opera de Sidney, 1.º premio, Sork Utzon. R.N.A., n.º 187, julio 1957.

Añadiremos que el mismo número en que se publican estas frases se presenta la iglesia del Espíritu Santo del propio Fisac.

Para esta tarea ya apuntada se necesitaba una persona con unas cualidades muy precisas. En el concurso convocado al efecto, al que se presentaron, entre otros, Torres Balbás, Luis Felipe Vivanco y Larrodera, fue elegido Carlos de Miguel, arquitecto que ya había obtenido el premio nacional y con experiencia en este trabajo. Con Carlos de Miguel de director y Javier Lahuerta de redactor técnico, la revista se prepara para el cambio que debe sufrir. El formato y el aspecto de la misma se modifican y rápidamente empiezan a sobresalir los proyectos de los arquitectos jóvenes de aquel momento, Cabrero y Aburto, Coderch y Valls, Moreno Barberá, Sostres, Sota, Fisac, Sáenz de Oiza, Cano, Corrales y Molezún... junto a aquéllos, otros de los licenciados antes de la guerra como Gutiérrez Soto, Luis Feduchi, Modesto López Otero o Carlos Arniches.

El que desde este momento la revista sea editada por el Colegio de Arquitectos de Madrid no hace, sin embargo, que se concentre su interés exclusivamente en Madrid. Todo lo contrario, haciendo gala a su nombre sigue abierta a toda la producción nacional y en sus secciones de extranjero comienzan a aparecer artículos y obras de indudable interés. Las obras de Ridolfi, Quaroni, Neutra o Alvar Aalto o el famoso artículo de este último, *La hueva del pez y el salmón* son ejemplos de lo dicho.

No se deja de lado, tampoco, el viejo interés por la historia y la crítica que tan importante había sido en el período anterior a la guerra civil. De la mano de un historiador tan importante como Fernando Chueca y de un erudito tan sensible como Luis Moya, que comienzan una larga y fructuosa colaboración, se renueva el interés de los artículos que se publican. El primero iniciando la sección *Nuevo Llaguno* con su texto sobre don Juan de Villanueva y el segundo con los textos que se extienden hasta hoy y que, como conjunto, configuran sin duda una de las mejores firmas que la revista ha tenido en este período.

También se nota que los tiempos han cambiado al observar lo que se publica de urbanismo. La creación de nuevos pueblos tendrá en Fernández del Amo su máximo exponente, a la vez que se va dibujando el cambio del urbanismo de la calle y la plaza al del centro de negocios; de Bidagor a Perpiñá.

Un nuevo tema, muy valorado después por la modernidad de los sesenta, empieza a tener presencia en la revista: el diseño industrial. Carlos de Miguel, fundador posteriormente, junto a Luis Feduchi y Javier Carvajal, de la *Sociedad de Estudios para el Diseño Industrial*, intentó de todas las maneras posibles centrar la atención sobre este tema sin, como él mismo reconoce, conseguirlo del todo.

Y por detrás de todas estas novedades, la revista continuaba con sus temas ha-

bituales de los que habría que destacar, en esta breve crónica, por más pertinaz, la arquitectura sacra, ya que como nos dice su director de entonces "*el mes de agosto es malo para trabajar porque Madrid se queda vacío, así que hice un número doble que dediqué al Arte Sacro*".

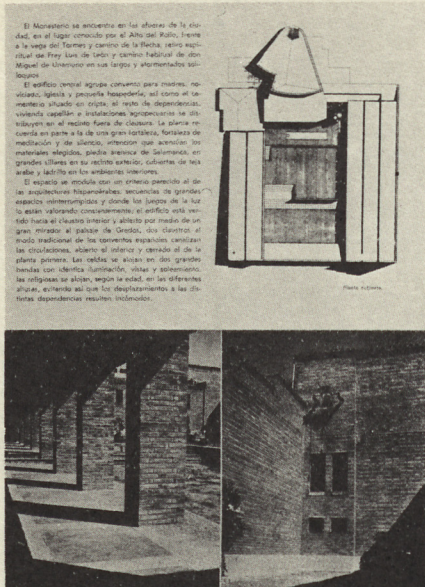
Son seguramente los dos últimos años de su existencia los más fructíferos de la RNA. Entre 1956 y 1958 la arquitectura moderna española, y quizá más particularmente la madrileña, va a conseguir no sólo sus mejores construcciones sino también su reconocimiento oficial.

Puede que Gutiérrez Soto tuviera razón cuando afirmaba en 1956 que la revista no tenía garra, pero me atrevería a decir desde mi condición de actual director que tampoco era muy necesaria dada la potencia, calidad y novedad de las obras y proyectos que en estas fechas se editan.

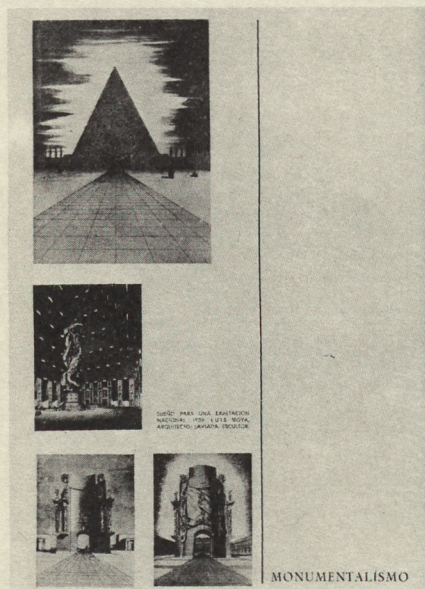
En estos dos años se publican proyectos tales como el Centro de Investigaciones de Fisac, la Casa Sindical de Cabrero y Aburto, las viviendas experimentales de Aburto, la Delegación de Hacienda de La Coruña y el Gobierno Civil de Tarragona de Sota, el Pabellón de Bruselas de Corrales y Molezún, la Delegación de Hacienda en San Sebastián de Sáenz de Oiza, Vegaviana de Fernández del Amo, el premio nacional concedido al Colegio Mayor Aquinas de García de Paredes y La Hoz... Esta efervescencia productiva va acompañada de un interés por lo foráneo cada vez más acrecentado donde hacen su aparición los proyectos milaneses de los BBPR, las obras de Albini, el barrio Hansa en Berlín o la discutida ópera de Sidney del nórdico Utzon.

Es el momento donde las relaciones y reuniones entre arquitectos se sienten más necesarias y la revista, a través de su director y con la ayuda inestimable, en esto como en tantas otras cosas, de Curro Inza, las hace viables y frecuentes. No sólo se siguen realizando las *Sesiones de crítica* (muchas de ellas de una dureza que hoy nos sorprendería) sino que también, en 1958, Carlos de Miguel y Oriol Bohigas (por cierto, uno de los arquitectos más publicados) montan los *Pequeños congresos*, itinerantes por España, que reunirían a los mejores arquitectos españoles, entre el *escándalo* promovido por Federico Correa vestido con pantalón corto y salacof, y la timidez de un jovencito portugués llamado Alvaro Siza.

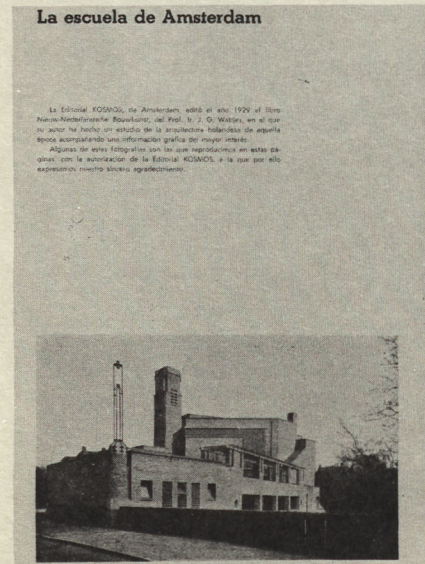
La revista recupera su nombre, ARQUITECTURA, en 1959. No supone un cambio de línea, aunque sí un cambio de formato y portada y un nuevo comité de redacción en el que están Blanco Soler, Larrodera, Vallejo y Rodríguez Suárez. A la lista de los *modernos* se añadirán nuevos nombres: Fernández Alba, Vázquez de Castro e Iñiguez de Onzoño, Peña Ganchegui, Carvajal, Higuera y Miró... y con algo más de retraso, Moneo y Fullaondo. Son fechas en las que el sentimiento de retraso y aislamiento llevan a la búsqueda del tiempo perdido. Recuperar a Wrigth (con artículos de Fernández Alba y Sota), la casa de las Flores de don



Monasterio de la Purísima Concepción (Salamanca). Antonio Fernández Alba. *Arquitectura*, n.º 48, 1962.



25 años de *Arquitectura española*. 1934-1964. *Arquitectura*, abril 1964, n.º 64.



La Escuela de Amsterdam. *Arquitectura*, n.º 90, junio 1966.

Secundino, explicar a Alvar Aalto o comentar un artículo de Reyner Bauhaum traducido por Fernando Ramón ocupan números enteros de la revista. Pero, así mismo, es el momento donde una potente generación hará capítulo de la arquitectura próxima pasada. En abril de 1964, justo después de que Luis Moya abandonara la redacción, Fernández Alba en el número dedicado a *Veinticinco años de arquitectura* escribe: “Cualquier análisis de juicio que enfrente a dos generaciones, inevitablemente lleva a una censura por parte de las generaciones jóvenes frente a aquellas que le precedieron”. La frase sintetiza el contenido del número donde los titulares de las secciones ejercen el papel de la crítica... y de la *censura*.

Creo que es a partir de este momento cuando la revista va a quedar sometida a una bipolaridad en nada ajena a la que la propia profesión sufrió.

De un lado, De Miguel intentaba mantener sus páginas abiertas a la que, coloquialmente, podríamos llamar buena arquitectura. Muestra de ello serían los artículos que con cierta continuidad firmarán Fernández Alba, Moneo, los 30 d. a. de Mariano Bayón, el número ejemplar a cargo de este último dedicado a la Escuela de Amsterdam o todos los proyectos de estos y otros arquitectos que en estas fechas se publican y que incluso obtienen el reconocimiento internacional.

Pero, ya en 1961, el año que ganan el premio nacional Higuera y Moneo, la revista había introducido a tres “especialistas” en economía, filosofía y crítica de arte. El tema, aparentemente de escasa importancia, evidencia lo que rondando los setenta iba a ser la gran crisis de la arquitectura y creo que de *ARQUITECTURA*. Perdidos en la necesidad de tratar los temas del momento, entre los que destaca la crítica social desde lo técnico, se ocupan gran parte de sus páginas en el urbanismo inundado de sociología y otras disciplinas ajenas o en la imposible prefabricación. No son extraños a aquel momento títulos como *Inmigración interior* o *Sistematización del espacio hacia la industrialización*.

Tampoco es ajena a la crisis de *ARQUITECTURA* la presencia desde 1966 de “*Nueva Forma*”, dirigida por J. D. Fullaondo, y que supo acaparar para sí misma el protagonismo de la sofisticada experiencia orgánica compartida por su propio director a la par que satisfacer la curiosidad historiográfica por la arquitectura internacional anterior, tan sentida en aquellos momentos.

A los veinticinco años de su mandato, Carlos de Miguel abandona voluntariamente la dirección de la revista.

Mario Gómez Morán la continúa durante dos años y a continuación sale a concurso para nombramiento de nuevo equipo directivo. Miquel, Miranda y Alau intentan una nueva experiencia —y por supuesto un nuevo formato— que no tiene todo el éxito que se esperaba. Quizá no era el momento para hacer revistas colegiales cuando seguramente el debate ideológico debía primar sobre la propia arquitectura.

Es en 1977, y después de pasar el trance de su desaparición, cuando Junquera y Pérez Pita se hacen cargo de *ARQUITECTURA* consiguiendo que, nuevamente, la revista interese.

Pertenecientes a la joven generación, la que en *Arquitectura Bis* denominaron de *arquitectos no numerarios*, tratan por todos los medios de modernizarla. El formato es llevado al cuadrado, tan de moda en ese momento, y su interior, sobre todo en los primeros números, se llena de arquitectura joven de todo el Estado que sorprende, a los menos informados, por su calidad. Sin embargo, no es desde ella donde se va a producir la crítica a los mayores que agudamente apuntaba como inevitable Fernández Alba trece años antes. Más preocupados por la información sobre alternativas profesionales que sobre el debate de otras cuestiones, será en la revista catalana ya citada —paradójicamente titulada *información gráfica de actualidad*— donde primero tendrá cabida la crítica... a la crítica moderna.

Estos breves apuntes a una crónica de *ARQUITECTURA* tienen que terminar aquí. Con seguridad, dentro de otros cuarenta años, otra presentación de índices comentará, después de otras veinte mil páginas de viaje y con la crueldad de la palabra escrita, nuestras arquitecturas y la crítica, que ya sabemos inevitable, que hará la siguiente generación. Ojala esas páginas se escriban y estén llenas de la misma admiración que, en este sesenta y cinco aniversario de la fundación de *ARQUITECTURA*, sentimos hacia los que nos precedieron. Querrá decir que *ARQUITECTURA* sobrevive.

Javier Frechilla

(1) Fueron directores de la revista: Juan González Cebrián (1940-41). José Hurtado (1941). Mariano Rodríguez de Rivas (1941-46). Mariano Serrano Mendicute (1947-48). Carlos de Miguel González (1948-73). Mario Gómez Morán (1974-75). Luis Miquel, Javier Alau y Antonio Miranda (1976-77). Estanislao Pérez Pita y Jerónimo Junquera (1977-80). Antón Capitel, Javier Frechilla y Gabriel Ruiz Cabrero (1981).

Queremos señalar que somos conscientes de que, a pesar de todos nuestros esfuerzos y del de las autoras del trabajo, sin duda se encontrarán numerosas erratas. En parte serán achacables a este trabajo y otras vendrán arrastradas de las propias de la edición de cada número. Desde estas líneas, y con nuestras disculpas por delante, solicitamos la ayuda de nuestros lectores en la corrección de todos los errores que puedan encontrarse, prometiendo que en un próximo número publicaremos, en el mismo formato y papel, una fe de errores que completará el índice.

Así mismo, debemos señalar que el carácter extraordinario de la edición en cuanto a número de páginas y contenido, nos ha obligado a utilizar un papel distinto al habitual, para garantizar el reparto a domicilio por parte del servicio de Correos, así como a elevar el precio en librería.